

Quaderno n.º 53

CLÁSICOS Y MODERNOS

ERNESTO RENAN

EMMA KOSILIS



IMPRESA ALSINA

SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

EMMA KOSKIS

EMMA KOSKIS

EMMA KOSKIS

COLECCIÓN ARIEL

Setiembre de 1914



EMMA KOSKIS

Apreciación

...A mí, la postura de Renan, cómodamente sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas, como el *héroe de bronce* de Víctor Hugo en su episodio «La paternidad», me ha recordado la figura del esfinge egipcio, cuyo singular tocado semeja la forma de caer el cabello, camino de los hombros del anciano; el cual, en la serena postura, firme y reposada, también nos recuerda la del misterioso símbolo tranquilamente apoyado en los remos, como quien se arrellana con toda comodidad para esperar siglos y siglos la solución, que no llega, de un problema.

Sí; Renan es esfinge, pero moderno, sin carácter hierático, sin mitología, sin rigidez, sin frialdad. Esfinge que en los ojos—no hay más que mirárselos—deja ver toda la profundidad del misterio; pero también el abismo, igualmente infinito, de la idea-

lidad sentimental y *estética*, en el sentido restringido de esta última palabra.

Sí; en la mirada de Renan y en su plácida sonrisa, que está echando a su modo bendiciones, se lee el resumen de la filosofía de este gran pensador poeta.

El misterio es insondable, no por la pequeñez de nuestro cerebro, sino por la grandeza de la realidad; el misterio es infinito, pero no se olvide que en su oscuridad, que proyecta sombra infinita en las profundidades del espacio, le acompañan eternamente, no menos infinitos, la belleza y el amor.

El hombre, que no ha llegado a resolver el *problema* de la realidad, que acaso plantea mal la cuestión, sólo por plantearla, ha llegado también a saber que el mundo, sea lo que sea, y aunque sea una apariencia, es bello; y que su corazón, el humano, sea lo que sea, ama infinitamente la *representación* infinita. Con tales ideas y *experiencias*, no cabe que al escepticismo acompañe el nihilismo ético ni el nihilismo estético. Hay deber, porque hay amor; hay dicha, poesía, porque hay belleza. Todo esto se puede leer en el retrato de Renan, y por ello se explica,



ERNESTO RENAN

como, sin dejar de ser de esfinge aquella mirada, de esfinge aquella postura, su misterio no espanta, sino que atrae, es amable, familiar, dulce; el rostro de Renan, que todo lo pregunta, recuerda la bondadosa expresión de Pío IX, que todo lo creía.

Renan, que es tan querido y admirado en Francia, no es comprendido. Se le ha tenido por un gran *dilettante* en filosofía, por un Anatolio franco de genio, y es mucho más que eso; se han visto en él contradicciones que no lo son. No es perfecto, pero es el francés entre los vivos,¹ que más se acerca a la perfección por la armonía de las facultades y por la paz del alma, conquistada, no al abrigo del puerto, sino venciendo entre el fragor de las tempestades. La calma espiritual de Renan, como la de Goethe, no es una fortuna del temperamento, sino el premio de una gran victoria.

Clarín

(*Patique*)

¹ ¡Vivía, cuando se escribió esto! En paz descansen el gran francés.—(N. del A.)



Emma Kosilis

LA capacidad de vivir y de morir por una sola idea, el amor no declarado, siempre igual a sí mismo, persistente hasta la muerte, es uno de los rasgos idealistas del carácter bretón que siento no haber explicado lo bastante en mis *Recuerdos de infancia*.

Me han recordado este rasgo esas domésticas bretonas que, traídas a las casas honradas de París, pueden durar años sin salir, atravesar la ciudad sin mirarla, con ojos vagos, sin pedir más que una cosa, y es vivir solas, aparte, seguras de que nadie las ve. Casi siempre las ocupa un pensa-

miento secreto. En eso influye algunas veces el ensueño místico; pero raramente es la causa principal de esa necesidad de obstinado retiro.

Frecuentemente, lo que constituye el fondo de eso es un amor de la infancia, comprimido, quimérico, al que se añade un instinto moral excesivamente fuerte. No revelado, este sentimiento reina en los adentros, como en un silencio absoluto. Nada existe para un estado de ánimo semejante, tan sólo place el pensamiento querido. Horas de horas se le acaricia; durante años, eso puede bastar, y eso deja indiferente para todo lo demás.

Con el nombre de melancólicos designaba la antigua fisiología esas clases de temperamentos, y atribuíales todas las cosas extraordinarias que en el mundo se hacen. En efecto, hay

pocas vidas fuertes en cuya base no se encuentre el *secretum meum mihi*¹ de los grandes solitarios y de los grandes hombres. El amor de la soledad viene generalmente de un pensamiento interior que lo devora todo en derredor suyo. Un día, le citaba a mi hermana² la frase de Tomás de Kempis: *In angello cum libello*.³ Tan bonita halló la sentencia que se propuso repetírmela sin cesar como su divisa. Vivir entre sí mismo y Dios es la condición para influir en los hombres y dominarlos.

Las grandes consagraciones patrióticas, científicas, caritativas, de la vida, provienen todas de la plática prolongada consigo mismo. Los hombres no sabrán jamás nada de esos ejemplos

¹ Mi secreto para mí.

² Enriqueta Renan, heroína del amor fraterno, de la que escribió Ernesto una delicada evocación: *Ma sœur Henriette*. (N. del T.)

³ Con un librito en un rincón.

extraordinarios de fuerza moral con que se regocija El Eterno, celoso testigo de las almas, que guarda para sí los más bellos espectáculos. El temperamento melancólico, ¿lo diré? es en algo el temperamento de El Eterno. La *delectatio morosa* de la Edad Media es, en cierto sentido, la fórmula suprema del universo.

La torpeza corporal de la raza bretona, esa posibilidad, aun en los niños, de permanecer inmóviles horas de horas, depende en gran parte de la necesidad de prolongados deleites, de contemplación, si me atrevo a decirlo, perezosa, que concuerda mal con la actividad exterior y parece exigir un completo reposo de los sentidos. Escasos deseos, escasas necesidades tiene esta raza, que, en amor, sabe esperar. A este propósito, me contaba mi hermana un hecho que admiraba mucho; era la historia de la madre de una de

sus amigas. Le complacía, por encerrar un caso de amor heroico, que formaba sigularmente parte de su propio carácter. Yo había olvidado esta historia; algunas circunstancias recientes me han hecho recordarla de nuevo. Mi hermana me ha dicho a menudo el nombre de la respetable persona a quien había consagrado un culto tan grande. Yo la llamaré Emma Kosilis.¹

No era perfectamente bonita; pero el rostro, contaba mi hermana, poseía un encanto indecible. Eran los ojos de una exquisita languidez, las cejas, en las que se expresaban los más imperceptibles estremecimientos de un pudor tímido, parecían tener alma. Era su piel tan fina que la más pequeña

¹ *Kosilis* significa en bretón «Iglesia vieja». (N. del A.)

aceleración de la vida se descubría en ella con rosiclères fugitivos, indicio de un secreto que Emma no revelaba. En una palabra, era ese algo de cándido y puro que tan profundamente se apoderó del corazón de Carlos II, en aquella niña bretona, la señorita de Quéroualle. Era esa tez virginal que, bajo la cofia de las bailarincitas de una romería de Bretaña, produce como una oleada de inocencia y os vuelve mejor algunas horas. ¿Mejor o peor? La Bretaña es el país en que más se diferencian los hombres de las mujeres, y como, en esos pueblos primitivos, jamás se aleja la barbarie, ocurre algunas veces que el nácar de la tez femenina ocasiona a los hombres extraños accesos nerviosos. Hanse encontrado asesinadas jóvenes que no habían sido violadas. Hubo en otra época casos de asesinatos semejantes e inmotivados, cometidos en sacerdo-

tes jóvenes; pero hace mucho tiempo que ya no se ven tales locuras.

Con esto se relaciona un rasgo peculiar de las costumbres en Bretaña, quiero referirme a la total ausencia de alhajas y aun de flores en el aderezo de las mujeres. El clero se opone a ello, y, en lo que a las alhajas atañe, tiene, por cierto, mucha razón.

En la desnudez antigua, se justificaba la joya, y la Grecia, aprovechando ciertos errores del Oriente, se atrevió a resolver el problema, delicado entre todos, de adornar con señales hechas en la carne viva la obra maestra de la naturaleza, el cuerpo de la mujer verdaderamente bella. Pero, en los climas fríos, y con las ideas de la modestia cristiana, ya no tiene razón de ser la joya. Por lo que hace a mí, siento siempre una especie de antipatía por tales adornos postizos. ¿Y qué tienen que ver ¡gran Dios!

las arracadas de salvajes, los oropeles de beduinos con la única cosa que importa, la dulzura y la inocencia de la mirada? ¿Se expresan con joyas la virtud, el candor? ¿Se ha inventado en tiempo alguno joya para los ojos? Existe la odiosa aleña sin duda; ¿pero la ha usado nunca una mujer que se respete? Horrible idea la de pintarse en negro los balaustres de oro de la Jerusalén celeste, de manchar los bordes de la fuente sagrada en cuyo fondo vemos a Dios y su paraíso. ¿Lo diré? El color mismo, puesto al servicio de la hermosura, me turba y me altera. Bastan el blanco y el negro; dan cabida, más que todos los adornos, a los sueños de la carne amorosa y velada. El amor implica la regla del amor; supone en la mujer el candor y el pudor. Hay en eso una mentira que la naturaleza ha querido y que ciertamente se presta a sus designios.

Una de las leyendas que la imaginación popular ha puesto en torno de Ana de Bretaña expresa bien este matiz del encanto femenino que le ha tocado a nuestra buena y pequeña raza. Y lo que se dice del país de Gales no niega la unidad de las dos poblaciones; el carácter de Imogena, en *Cymbeline*, es esencialmente un carácter bretón. Yo iría más lejos. El encanto de la mujer inglesa, a la vez tan casta y tan voluptuosa, es, a mi juicio, algo céltico, no anglo-sajón. Pero, para explicar este punto, sería preciso exponer mis ideas acerca de la etnografía de Inglaterra, y eso no cabe aquí.

Se cuenta, pues, que en una de las conversaciones que la última soberana, tan popular, de la Bretaña tenía con Santa Ana, que no sabía

rehusarle nada, la duquesa pidió a su poderosa patrona un don particular para las damas de su provincia. La santa le concedió la castidad, y, desde entonces, no se ha dado el caso de que una dama bretona haya faltado a sus deberes.

Véase, ciertamente, un gran triunfo alcanzado; la duquesa, sin embargo, no se conformó con eso, y pidió a la santa que a la castidad añadiera la belleza. Santa Ana se vió bastante comprometida y concluyó por confesar que la belleza no era de su jurisdicción. La Virgen María hácela reservado. Sólo la reina de los Cielos dispone de ese don único, raro, excelente entre todos. A falta de la belleza, sin embargo, Santa Ana, después de haberlo pensado, le concedió esto a su ahijada, que esas mismas damas a quienes ella no podía concederles más don que el de la castidad harían con

esa virtud lo que hacen otras con su hermosura.

El don de Santa Ana consistía en los efectos de la belleza obtenidos por el encanto hábilmente manejado de la virtud. Conforme un himno de la Edad Media, atribuido a la abadesa Herrade, tal sería también el gusto de Cristo. Él ama tan sólo a las jóvenes lindas y modestas:

*Pulchras vult virgunculas,
turpes pellit feminas.*¹

Turpes significa, en este caso, feas y vulgares en sus costumbres. ¿Cómo el cristianismo, tan moral siempre, ha podido condenar de tal modo la fealdad, que, a juzgar por las apariencias, no siempre es voluntaria? Por una razón profunda; es que una mujer verdaderamente buena jamás es

¹ Quiere a las virgencitas lindas,
le repugnan las mujeres deshonestas.

fea. Siempre hay egoísmo en la fealdad. La digna persona a quien no se le ha concedido el don de la Virgen María siempre puede, con su buen humor, su abnegación, su buen corazón, darse un equivalente de la belleza. El encanto no tiene que justificarse; su triunfo es la prueba de su legitimidad. Tuve un primo que llegó a ser más tarde el mejor de los hombres, pero que, en su infancia, era un demonio, un verdadero «berserker».¹ Solamente obedecía a mi hermana, muy dulce niña de quince años. Se quebró el brazo al coger para ella un nido de pájaros en el techo de un cobertizo; mi hermana tuvo que permanecer un mes junto a su lecho para obligarle a estarse quieto dentro del cabestrillo.

¹ Los *berserkers* eran guerreros suecos o noruegos. Padecían ataques de furor y se hacían pasar como poseídos del demonio ante sus enemigos aterrorizados.—(N. del T.)

Así fué, lo repito, con un airecillo juicioso, que contrastaba con su juventud, y una leve expresión de dulce melancolía, como la niña Quéroualle, sin ser de una belleza perfecta, hechizó al rey Carlos II, que desde entonces quiso ver en su brillante corte, sólo a ella; lo que explicaron los protestantes como una ciencia diabólica de las perversidades femeninas.

¡Por Dios!, en estas circunstancias no andaban del todo descaminados los protestantes, y si se sostiene que la castidad es, en el fondo, un colmo de sensualismo, el pudor un colmo de coquetería, no discutiré. Hay mujeres que son peligrosas por su inocencia. En semejante materia, es muy difícil distinguir la influencia del diablo de la del buen Dios.

El Dios blanco y el Dios negro de

los esclavos «bogomiles»¹ no son tan opuestos como lo creían esas buenas gentes. Yo creo que el maniqueísmo es el único error que no profeso; el mundo es perfectamente uno; todo procede de un solo Dios; todas sus disonancias, a cierta altura, se funden en una suprema armonía, que es el amor.

De todo esto nada sabía la pequeña Emma Kosilis; iba muy juiciosa a la iglesia, con su libro de horas; y el hecho es que, por ahí de los diez y seis o dieciocho años, sin que de ello se diese más cuenta que de su floreciente juventud, en su almita no hubo más sitio que para un joven de veinte o veintidós años que ella veía con frecuencia, y que llamaré Emiliano.

1 Herejes del siglo XII que negaban el misterio de la Trinidad.—(N, del T.)

Aquello no tuvo principio. Fué un señorío en absoluto inadvertido. En esos países de costumbres honestas, las relaciones de los jóvenes de ambos sexos son mucho más libres y prolongadas que las de este París suspicaz, siempre temeroso del mal. Mi educación moral de esta suerte la hicieron algunas amigas de la infancia, muy puras y muy lindas; el bien, la razón, las buenas y dulces cosas aun ahora se me aparecen en forma de una niña juiciosa de doce o catorce años, que me hace una seña discreta. Una de mis más vivas emociones la sentí, cuarenta años más tarde, cuando una de esas amigas de la infancia me llamó «mi querido Ernesto».

Emma veía a Emiliano desde que a sí misma se conoció; soñaba más bien que pensaba, y así ocurrió que cierto día, sin que ella de eso dudara

lo más mínimo, Emiliano se halló dueño de todo su corazoncito.

Porque nadie, en este mundo, puede gloriarse de sus méritos, siendo la elección amorosa, como la divina, enteramente un don de la gracia. Ignora sus propios motivos. El joven a quien amaba Emma era una buena naturaleza, un poco débil. Pero justamente esta sencillez, esta carencia de pretensiones complacieron a la niña. Ella no hubiera reconocido un hombre superior, y no era fácil, por otra parte, que en el pequeño mundo en que vivía los encontrase en su camino. En ella no había cabida más que para un instinto extraño, irreflexivo, que no da sus razones, desdén nuestros convencionalismos y tan sólo pide su absolución a Dios.

Tanto se me ha lapidado, algunos años hace, en esta buena tierra de

Francia, porque hablé del amor como de algo sagrado, religioso, místico, que en esta ocasión trataré de ser breve.

Nuestro país, indulgente con la picardía, admite con dificultad que se hable en un tono serio del secreto íntimo de la naturaleza, de esta voz lejana de un mundo que quiere ser. No se advierte que si se deja el amor en estado de insensatez, deshonestidad o charla, se acusa al Eterno de incapacidad. ¡Cómo! la obra por excelencia, la continuación de la vida, habría sido incorporada a un acto ridículo o grosero...

A mi juicio, lo que me parece demostrativo de la naturaleza divina del amor, es su espontaneidad. Nace como flor campestre; opera como un imán, la atracción newtoniana no es más sutil que él. La ciencia demuestra que dos moléculas, solas en el mundo,

irían a encontrarse, sea cualquiera la distancia a que se las suponga.

El amor de Emma era de esta clase, inocente porque era inconsciente. Poseía un sentido pequeño muy delicado y muy justo de las cosas bellas y buenas. Ahora bien, la mujer no se adhiere a las puras abstracciones; ama el bien, cuando el bien es para ella algo existente y vivo. Cubierto con el manto engañoso de una seguridad infantil, el amor de Emma pronto se convirtió en una completa absorción. Días enteros, permanecía inmóvil, abandonada del todo a una molicie lánguida, de que gozaba con una perfecta quietud, como se disfruta de un viento tibio sin preguntarse de dónde viene, de un fruto maduro sin temor de algún veneno que en él hubiera ocultado el Creador.

Naturalmente, nada dijo de lo que sentía ni siquiera al mismo a quien

amaba, ni a su familia, ni a sus compañeras. Esa fué su falta, si se quiere; se verá como la expió. La sociedad en que vivía era perfectamente honrada. Su discreción fué tan absoluta que nadie se enteró de lo que le ocurría. Así saboreó mucho tiempo el secreto, y de seguro habría disminuido el goce al confesarlo.

Su tímida apariencia se prestaba, sin la hipocrecía más mínima, para ese aspecto de indiferencia y de distracción voluntaria que suele inculcarse a las doncellas. Lo que sentía era tan vago, su imaginación era tan pura, las conversaciones que oía habían sido siempre tan decentes, que no se le ocurrió nunca que hubiera algo de culpable en lo que experimentaba: a sus ojos su corazón era recto. Una vacilación en la naturaleza de lo que tan dichosa la hacía, y cuyo nombre ignoraba, habría sido a su

juicio tan culpable como una blasfemia contra Dios, contra la Iglesia y sus sacramentos.

La imprudencia extrema de semejante conducta, apenas excusable en un niño, se manifestó luego. Al paso que la pequeña Emma tan sólo vivía de su amor, Emilio casi no pensaba en ella. La hallaba encantadora como todos; pero jamás se habría atrevido a decírselo. Era un ser mediocre y pasivo; se dejaba casar por su madre; y, a la postre, ¿qué culpa tenía? Emma era tan modesta que no se la distinguía entre sus amigas; se hubiera dicho que no trataba más que de ocultarse.

El golpe fué repentino como el rayo: cierto día que conversaba con sus compañeras, en una pequeña reunión, en el fondo de un jardín, se habló de diversos asuntos. La noticia

más fresca de ese día era el casamiento de Emiliano con Ana M... De ello se habló como de cosa cierta. Emma lo oyó todo. Tal dominio tenía sobre sí misma que nadie sospechó que un puñal le había atravesado el corazón. Guardó silencio, levantóse poco después y se marchó, sin revelar indicio alguna de la horrible herida que acababa de recibir.

Algunos días más tarde circulaba otra noticia entre las mismas jóvenes reunidas en el mismo jardín. Emma entraba como hermana conversa en la comunidad de las damas Ursulinas de la pequeña ciudad de... Como era Emma tan piadosa, esto no sorprendió a nadie. Su secreto le había pertenecido tan exclusivamente, que nadie ató cabos a propósito del asunto. No se pensó que el matrimonio de Emiliano fuera la causa de la conversión de Emma. Las vocaciones reli-

giosas eran comunes en la burguesía de los pueblos pequeños. Se halló muy sencillo el ingreso de Emma a la comunidad de las damas Ursulinas, y no provocó la menor sospecha.

Por lo demás, el convento de las Ursulinas admitía grados diversos de vocación religiosa. Junto a las hermanas ligadas a la orden por un voto perpetuo, había personas piadosas, portadoras de un hábito que recordaba el de la orden, menos el velo, y observantes de las mismas prácticas que las religiosas sin adquirir compromiso alguno. La mayoría pronunciaba sus votos al cabo de algunos años; pero se había dado más de un ejemplo de hermanas conversas que volvían al mundo después de pasar varios años en el convento.

A esta clase de religiosas se afilió la pobre Emma. Nada extraordinario pudo observarse en su admisión, en

su noviciado, en su conducta en aquella casa. El fastidio es algo desconocido para esas razas; demasiado sueñan pasa fastidiarse. Lo que así se nombra para otros es para ellas delectación íntima, soliloquio en el infinito. Era Emma una religiosa de la más perfecta regularidad, piadosa como las demás, nunca faltaba, y gozaba siempre de la estimación de sus superiores. Su rostro, pálido como los blancos lienzos que la rodeaban, tenía la serena beatitud común a las religiosas. Aplicada a la oración y a los ejercicios piadosos, se plegó pronto a las costumbres religiosas del claustro. Al cabo de algunos días, el arrullo lento y monótono de una vida regular la adormeció, y su estado habitual llegó a ser una especie de sueño lleno de dulzura.

¿Había logrado desterrar de su corazón la imagen que por entero lo inva-

diera? De ningún modo; ni lo había intentado siquiera. No se le ocurrió ni por un momento que esta idea fuera pecaminosa. Era, como en el Cantar, fragancia de mirra en su seno. Antes habría dudado de Dios que de la rectitud del sentimiento que la embargaba. Era su amor en ella como un ensueño de dulzura prolongado indefinidamente, como una suave música que no hubiese tenido más que una sola nota. No había altibajos en este estado de profunda paz. No se distinguía su amor de su piedad, ni ésta de aquél. Sus austeridades sobretodo estaban impregnadas de su amor. En ello saboreaba un encanto extremo. Como sintiera por instinto que una mujer debe gozar o sufrir, en la merceración de su carne hallaba una especie de deleite. Sentía un íntimo regocijo con pensar que todo lo padecía por aquel a quien amaba, y con

decirse que no vería jamás a otro hombre que no fuese él. Las prolongadas salmcdías del convento ejercían sobre su vaga amorosidad una especie de excitación poderosa y renovadora.

A ello se unía un sentimiento que yo llamaría con gusto el orgullo de la reclusión, que sostiene a la religiosa y le ocasiona cierta fiereza. Tras los sueños en que se deleita la reclusa, existe la idea de que su cuerpo es un tesoro tan precioso, que son precisos para resguardarlo, rejas, cerrojos, altos muros. La severidad de la custodia aumenta el precio del objeto custodiado; una cosa a tal extremo vigilada debe ser inestimable. Posee la mujer el sentimiento de agrandar con el menor de sus actos; lo que la amedrenta casi. No es raro ver mujeres muy bellas a quienes repugna el trato con el mundo. La mujer consagrada

al celibato también quiere casi siempre estar retenida y oculta; no gusta de salir. Experimenta una especie de dulzura al decir en alta voz que guarda para sí la dicha que podría ofender. Cuando manifiesta su desdén por los hombres, y se reserva para las caricias de un amante invisible y celoso, quiere estar segura de que tan sólo la verán ella y Dios.

A estas íntimas delectaciones se mezcla, de manera discreta, un reconocimiento de debilidad, que conmueve a los hombres. Nos place que la mujer desconfíe de su fragilidad, que tome precauciones contra sí misma, que se ponga en vigilancia, y de este modo confiese implícitamente que si no se la custodiara, acaso pecaría. Nos es antipática la mujer audaz, segura de sí misma, de ciertos países modernos. Nos agrada que en la mujer se sienta la perplejidad de su sexo,

que tenga que hacer un esfuerzo para ser virtuosa, que sea tímida, medrosa, guardiana desvelada de su tesoro.

* * *

En muchachas sencillas de espíritu como eran las compañeras de Emma, todo eso se ahogaba en una pasión mística bastante inofensiva. En ella, el caso aparecía más complejo. Eran tales su inocencia y la pureza de imaginación, que nunca tuvo escrúpulo alguno por sus languideces. Tan segura estaba de tener razón que nunca se creyó obligada a acusarse de ellas al confesor. Era profunda su paz. Ignoraba los esfuerzos que de ordinario hacen las reclusas para reprimir los pensamientos que no deben ocurrírseles. Su reclusión fue absoluta. Hombre alguno jamás vino al locutorio a preguntar por ella. Las señoras de su familia la hallaban tan

desprendida de todo que casi cesaron de visitarla.

Duró esos cinco años, sin una inquietud, sin una tempestad. ¿Se presentó a su espíritu la posibilidad de encontrarse de nuevo con Emiliano? ¿Pensó por instantes que tenía una salud muy débil aquella con quien Emiliano casó, y que había sido amiga suya? Como en el convento no se ignoraba lo que en la pequeña ciudad acontecía, ella sabía que Ana era madre de dos niñas. Su buen corazón, ocultando un poco de egoísmo, le decía: ¿Serás tú su madre algún día? Tales pensamientos quizá aspiraban a nacer a veces; pero nunca se corporizaban. Era feliz y no deseaba que terminase su situación. Así habría seguido hasta la muerte, sin echar de menos nada, sin amargura alguna. Un instinto profundo, sin embargo, impedíale pronunciar sus votos. De

ello le hablaron varias veces sus superiores; ella se atrincheraba en motivos de humildad. En efecto, era tan modesta que de su parte halló eso muy natural.

* * *

Ahora bien, esta posibilidad que no había previsto claramente, pero que, sin que lo supiera, había sido el móvil secreto de su vida inconsciente, de pronto se convirtió en una realidad. Ana M... tenía una hermana en la casa de las Ursulinas. Cierta día, según la costumbre, se pidieron oraciones para la parienta cercana de una de las cofrades que estaba agonizando. En los conventos muy ligero se sabe todo. En la tarde oyó Emma que repetían el nombre de la agonizante. Las dos huerfanitas fueron confiadas a su tía la religiosa; Emma pudo acariciarlas. Al otra día, la campana

funeraria de la iglesia principal anunciaba la muerte de la pobre Ana. En seguida, los funerales. Por los dobles siguió Emma todas las fases de la misa, el *Sanctus*, el alzar. Un servicio se hacía a la vez en el convento. Emma oró como las demás, con tan aparente calma, que ni los mismos ángeles habrían notado que oraba por una rival.

Comenzaba la inquietud, sin embargo, y cuando los últimos dobles de la catedral anunciaron que el ataúd acababa de bajar a la fosa, se sintió en un estado que desconocía. No se daba cuenta de sí misma; apenas podía orar; trató de revestirse el cilicio y lo halló insoportable: la sublevaron las austeridades que le eran familiares. Se privó de la comunión por ocho días. Su tranquilidad había concluido, su piedad estaba profundamente atacada. En ciertas horas, se creyó egoísta,

casi malvada. Ninguna demanda a Dios; se preguntaba si se hallaba en estado de gracia; la iglesia ya no tenía consuelos para ella; perpetuas distracciones, que no podía desechar, interrumpían las largas meditaciones tranquilas que tanto la deleitaban.

Este fué el único momento peligroso de su vida. Pasó un mes en que estuvo a punto de perderse. Ciertamente, se habría revelado si las consecuencias no hubiesen sido las que acabo de indicar. Tal vez pudo haberse quedado en el convento; pero habría sido una mala religiosa, es decir lo que hay de peor y más desgraciado en este mundo. Sus cadenas, tan dulces mientras el goce era imposible y la esperanza perdida, habíansele tornado intolerables. La imagen amada, que, por varios años, había dormido en el fondo de su corazón,

ahora la inquietaba, la volvía loca, la agitaba mortalmente.

Entonces, ya se creyó obligada a contarle todo a su confesor, el capellán del convento. Era un hombre estrecho de espíritu, pero muy cuerdo. Al principio quiso esperar; en seguida vió la gravedad del mal. Después de todo, Emma no había hecho voto alguno; no se había puesto el hábito de la orden, la cinta no había ceñido su frente. El capellán era de corazón bondadoso. El secreto de la confesión le prohibía consultar a su obispo; formó su juicio con razonamientos propios. Convencido de que iba en ello la salvación de su hija espiritual, tuvo el pensamiento de un buen padre: confió las dos niñas de Ana a los cuidados personales de Emma. De este modo esperaba ocupar la inquietud que de ella comenzaba a apoderarse, y derramar sobre esos huérfa-

nos su corazón rebosante. En el caso de que fuera concedida la unión de Emma y Emiliano, él contaba con manejar los asuntos de suerte que pudiera decirse que se había hecho todo a instancias de Emiliano, «deseoso de proporcionar una segunda madre a sus hijos». Esperaba que de este modo se evitarían los rumores, el escándalo, como se decía.

El padre vino a ver a sus hijitas, y Emma lo condujo al locutorio. El golpe fué terrible; ella se deshizo en lágrimas. Emiliano había cambiado poco; estaba como Emma había seguido viéndole en sueños desde cinco años atrás. Por lo que hace a ella, su cuerpo estaba completamente enflaquecido. El torrente de lágrimas que la inundaba la enervó, a su pesar; tuvo mucho menos dominio de sí de

lo que acostumbraba; en un movimiento instintivo de sus ojos bañados en lágrimas, Emiliano descubrió su amor.

Este hombre, de un espíritu vulgar, pero realmente bueno, entonces pudo comprenderlo todo. Un relámpago atravesó su espíritu; acercamientos instantáneos ocurrieron. Como poseía un corazón muy tierno, se conmovió profundamente. La vista de sus dos hijitas, a quienes tanto amaba, en manos de esta mujer excelente, lo emocionó hasta el fondo de las entrañas. Un amor respetuoso lo embargó por completo. El piadoso recuerdo que tenía de Ana se confundió con este nuevo sentimiento. No había leído ninguna novela; era ajeno a toda literatura; el inaudito favor que el cielo le enviaba no le inspiró un momento de fatuidad.

Algunos meses más tarde, habíanse casado Emma y Emiliano. Lo que nadie había acertado a ver, todos lo vieron entonces. El país entero fué quien los casó. Emma era muy amada por su bondad. Fué muy indulgente con ella la opinión, por lo común poco favorable a las religiosas que abandonan su convento. Con pequeños artificios de peinado, no exentos de gracia, disimuló los cabellos que habían caído bajo las tijeras del claustro; sus senos, comprimidos por las austeridades, se ensancharon; ella recobró sus veinticuatro años. A todos encantó volverla a ver; la habían creído enterrada para siempre.

Mi hermana pensaba que la alegría que sintió esta heroína del amor fiel fué la mayor que jamás haya sentido un corazón femenino. La pasión suya, silenciosa durante cinco años y duplicada por el sufrimiento, había llegado

a constituir una parte de su ser. El resto de su vida, no tuvo nunca el menor decaimiento en su amor, es decir en su dicha. Sin una sola nube duró el estado en que había vivido los cinco años que pasó en el convento, y que tan violentamente alteró el toque funerario que anunciaba la muerte de su rival.

Su marido, afianzado por una prueba tan maravillosa de fidelidad, pasó todo el tiempo bajo la impresión de un sentimiento tierno y apasionado. La ley de su unión fué la que se lee en el anillo de matrimonio de San Luis:

*Hors cet anel pourrions avoir amour?*¹

A pesar de su mediocridad, Emilianó sentía el tesoro incomparable que habíale sido deparado. Su amor vino a ser una especie de culto religioso. La prueba había sido única, sobrehuma-

¹ ¿Podríamos sentir amor fuera de este anillo?

na. Esta resolución férrea: «Nadie, sino él, ha de verme», atestiguada por el hecho más innegable, aunque rebasara la capacidad de su propia naturaleza, le sorprendía, le dominaba, le inspiraba una especie de temor, como algo de misterioso.

En ella, lo que predominaba era el sentimiento de un enorme triunfo «He vencido» era el pensamiento capital de su vida. Siguió siéndole siempre grato el recuerdo del convento de las Ursulinas. Allí volvía todos los años a pasar algunos días. La piedad suya era poco razonada y por consiguiente poco agresiva. Quiso guardar en un armario el hábito monjil. En el fondo de su alcoba, colgaba de un clavo la disciplina de religiosa; a menudo recordaba a su esposo lo que por él había sufrido, y cómo había luchado, durante cinco años, con su carne para conservar su amor; con permiso

suyo, llevaba el cilicio ciertos días. Así saboreó, sin un momento de intermitencia, la más perfecta felicidad que se pueda soñar. Había corrido tanto riesgo. Todas las probabilidades eran de que el claustro la consumiría, de que Ana le sobreviviría. Esto no la había detenido. El deleite, comprimido durante cinco años, circuló en ella desbordándose. Durante veinticinco años, nadó en un océano pacífico de dicha y de amor.

Tuvieron ocho hijos, de los cuales no separaron nunca a las dos hijas de la pobre Ana. Los educaron bien: fueron gentes muy virtuosas. Como ambos carecían de ingenio, nunca vino a turbar su sinceridad la menor sutileza literaria, la menor intención oculta. Felizmente, nada se lee en esas regiones remotas: la enfermedad literaria,

esa filoxera moral de nuestros días, no ha alcanzado hasta allá. El amor fué todo el tiempo como una poderosa dosis de morfina idealista inyectada en su carne.

Vivían muy retirados, en el fondo de una sombría mansión, fincada en un valle vecino al mar, en mitad de un espeso bosque de hayas. A juzgar por el aspecto externo, estas moradas parecen sepulcros: se diría que son albergues de la desesperación. Fijaos: en el interior, están llenas de familiaridades dulces, de intimidades amables. Los pequeños jardines rodeados de tapias son la imagen de la vida íntima que allí se lleva. El estanque que surte el molino feudal al principio causa cierto estremecimiento; después gustáis de la verdura intensa de sus mimbreras, del frío penetrante que exhala, de los nenúfares que ocultan su superficie.

En uno de estos nidos de verdura, cercados por doquiera y bañados de sombra, Emma y Emiliano pasaron su vida. Su historia se olvidó al cabo de algunos años. Casi nadie les conocía. El amor grande ama la soledad: no necesita del resto del mundo. En este desierto, la vida de Emma fué la del paraíso, un goce infinito, sin oscilación ni enfriamiento. Se habla de las tempestades del amor. ¡Qué puerilidad! La pasión tiene altibajos: pero el deleite no tiene tempestades. La dicha de Emma, después de su victoria, fué así como una pleamar sin flujo ni reflujo, en donde ella flotaba dormida. La muerte misma casi no existió para ella. La vida se le salió porque la hora definitiva había llegado. Murió a los cincuenta años sin enfermedad. Esas grandes alegrías durables se desvanecen sin causar amargor. Se atribuye a San Agustín este decir sobre la ven-

tura de los elegidos: *Quod habent desiderant*. «Desean lo que tienen». Lo que está muy bien dicho: pero importa recordar que este colmo de la venturanza no se conquista sino con un exceso de heroica voluntad, prolongada largo tiempo.

Al referirme esta historia, mi hermana hallaba en eso un ejemplo perfecto del amor como ella lo comprendía. Juzgaba a Emiliano el más feliz de los hombres, por quien una mujer excelente se había sometido a una vida austera, dándole de este modo la absoluta garantía de su amor exclusivo. En cinco años, no vió a un solo hombre. Había aceptado de buena fe la probabilidad de una eterna reclusión. Como en todas las batallas, en ello iba la vida. Sólo para los audaces hay recompensa. La ventura es como la

gloria: para obtenerla, precisa jugar el todo por el todo.

Cierto día, me atreví a decirle a mi hermana que eso era mucho sacrificio para un hombre mediocre. «¡Oh! ¿qué importa? me respondió. Sin duda que no merecía tanta dicha: ¿pero quién merece la dicha que tiene? Ahí tienes las ideas falsas de tus literatos parisienses, que se imaginan que los grandes hombres son los únicos dignos de ser amados. ¡Qué puerilidad! Algún día verás lo ridículo de todo eso. ¡Ah! lo concibo para los héroes que han salvado a su patria: pero embadurnadores de tela, manchadores de papel, ¿qué significa eso para el corazón? ¿Qué son tus pueriles celebridades literarias en lo que al amor se refiere?» A menudo insistía en este punto. Se oponía mucho a la necia admiración del renombre, una de las boberías de nuestra época, y juzgaba ridículo que

la mujer se encariñase con la fama de su marido. Ella, tan poco amiga de la mofa, se burlaba con gracia de las mujeres que buscan a los pretendidos hombres superiores. ¿Qué es un marido que a todos pertenece? Pensaba que la mujer que se casa con un hombre celebre tan sólo se ha desposado a medias, pues el público participa más o menos en un tercio de su unión. Seguramente el *Dilectus meus mihi et ego illi*¹ del Cantar no habría tenido sentido, si el pastor de Sulén hubiera sido un personaje célebre, entregado en pasto al público y entrevistado todas las mañanas por los periodistas.

¡Mucho desearía yo que de este modo se escribiese una *Moral en acción* del amor virtuoso, en donde se conta-

1 Mi amado para mí y yo para él.

ran en estilo sencillo algunos casos heroicos como el de Emma! En mi infancia, el libro que más influyó en mí, después del *Telémaco*, fué la *Moral en acción*. De esta clase de libros se dice que ahora están fuera de moda: tanto peor para la moda. Imagino que el gran éxito del siglo quedaría para un libro que nos pintara a los hombres tal como debieran ser: son muchas las ocasiones que tenemos de verlos tales cuales son.

Cierto, hay que hacer una distinción entre lo que se presenta para que se le imite y lo que se presenta para que se le admire. Los ejemplos para la imitación siempre deben tener algo de mediocre y de burgués, pues la práctica es rutinaria. Pero si se quiere obtener de los hombres el deber sencillo, precisa mostrarles el ejemplo de quienes les superaron. La moral se sostiene por los héroes.

La virtud femenina es uno de los elementos providenciales del edificio del mundo. La mujer tiene la cura del bien. La verdad casi no le concierne; pero la prueba de moral está mucho más en los ojos de la doncella honesta que en los razonamientos del metafísico.

He aquí lo que siempre me conduce, en mis momentos de ocio, a meditar en el más sagrado de los actos de la vida, he aquí lo que me hace hallar tanto regocijo en estos grandes ejemplos de amor noble, en que el amor y el deber se oponen entre sí y se elevan recíprocamente. La profanación que del amor se hace en la superficial literatura parisiense es la vergüenza de nuestro tiempo. En eso consiste el crimen contra el Espíritu Santo, para el cual, según el Evangelio, no hay remisión. Se arrastra por el lodo la hostia santa, se desconoce la gran

fuerza educadora del género humano. Sin las ataduras del deber el amor no alcanza todo su precio. No hay condición de la vida que imponga más obligaciones, ni que esté sometida a reglas más complicadas.

A deberes estrechos deben corresponder ideas estrechas. La fe de la mujer es una virtud, importa respetarla como todas las virtudes femeninas. Se equivoca quien crea que ansiamos conducir a las mujeres a nuestras opiniones filosóficas. Por el contrario, a menudo estamos muy contentos de que no nos escuchen. Nos gusta la decisión suya de no escuchar lo que debilitaría su resolución heroica. Basta que podamos suponer que, mediante un pequeño disimulo, ellas en el fondo están de acuerdo con nosotros.

Nos place la mujer justamente cuando se nos resiste; le agradecemos

sus negativas. La mujer que se nos parece nos es antipática. Lo que buscamos en el otro sexo es lo contrario de nosotros mismos. La debilidad, los falsos razonamientos, las ideas estrechas, la ignorancia, la superstición nos chocan en el hombre y nos hacen sonreír en la mujer. Nos place la señal de la cruz hecha con un gracioso gesto femenino. No nos desagrada ver nuestras obras viriles injuriadas, desconocidas de las mujeres; su indignación nos encanta; pues vemos el sentimiento delicado de que procede su error, y eso nos inquieta poco, ya que, por la ciencia, estamos seguros de tener razón.

Envidio a mi eminente colega el señor Brown-Sequard lo que le ocurrió en una de sus sabias lecciones. Una dama antiviviseccionista, situada a la par suya, le dió un sombrillazo. ¡*Telum imbelle!*¹ Esta excelente per-

1 ¡Dardo inofensivo!

sona se equivocaba de seguro, pues la vivisección, con los cuidados humanitarios que la rodean, representa la diezmilésima parte de lo que los animales sufren, y así resulta muy inofensiva; pero los errores del corazón nos placen en las mujeres. La cólera que les causan nuestras legítimas libertades prueba aquello por lo que que las estimamos más, su virtud, condición esencial de su encanto y de la disonancia absoluta que queremos entre ellas y nosotros. Gustamos del absurdo femenino, no deseando, sin embargo, que gobierne el mundo e imponga demasiado su ley.

Por lo demás, ¡qué en todo se haga la voluntad de Dios! El mundo está bien tal como es; mucho me afligiría haber contribuido en algo a disminuir la piedad en las mujeres. *Fietas*, en su bello sentido latino, implica ternura y debilidad, y es el don excelente que

se les ha concedido. En mi último viaje a Bretaña, me he sentido dichoso de ver que las doncellas eran tan gentiles, tan modestas, tan bien educadas como hace cincuenta años. Mi único deseo es que eso continúe: mucho me consolaré si puedo saber, después de mi muerte, que las mujeres siempre son tan lindas y que el amor es siempre tan dulce como en el pasado.

Para alcanzar la posibilidad de un futuro de ultra-tumba, muchos espíritus elevados sueñan con series de renacimientos, con modificaciones profundas de nuestro ser. Este orden de ideas no es el que me agrada; la metempsicosis es la idea que siempre me ha sonreído menos. Sin embargo, si alguna cosa fuera concebible en este orden de soñaciones, pediría, en recompensa de lo que he trabajado mentalmente, renacer mujer, para poder es-

tudiar la dos maneras de vivir la vida humana que el Creador ha establecido, para comprender las dos poesías de las cosas. En verdad he razonado e imaginado bastante de ese modo. Desearía, en otro mundo, hablar a lo femenino, con voz de mujer, pensar como mujer, amar como mujer, orar como mujer, ver como tienen razón las mujeres. Desde ahora, deseo aseguráros, queridas hermanas, que nunca he tenido para vosotras un mal sentimiento, que a menudo vuestra misma piedad ha sido una de las causas de mi regocijo íntimo. Viéndola tan firme, me digo que mis ideas, en lo que ellas pudieran tener de peligrosas, hallarán luego su contrapeso y que, por consiguiente, yo puedo echarlas a volar con toda libertad.

(Traducida para esta COLECCIÓN
del volumen *Feuilles Détachées.*)